

criben los límites que deben ser observados en estos asuntos. Aquel que transgrede estos límites “extravía su propia alma”, como está escrito en el Corán⁷⁷.

Con relación a esto podemos entender el concepto de “servidumbre”, pues la adopción de las cualidades de los nombres no implica apropiación. Según los sufíes el ser humano debe llegar a tomar conciencia de su indigencia absoluta frente a Dios, pues cualquier cosa que posea, sea de orden material, psicológico o espiritual, es algo dado, prestado, y como tal debe hacer un buen uso de ello. Ibn ʿArabī equipara este término filosófico con el término coránico *faqr* (pobreza). Por su propia esencia, todas las cosas existentes son pobres frente a Dios y están necesitadas de Él, mientras que Dios no necesita nada⁷⁸. El fundamento de esta doctrina de la pobreza espiritual se encuentra en la siguiente aleya: “¡Hombres! Vosotros sois los que necesitáis de Allāh mientras que Allāh es el Rico, en Sí mismo alabado”⁷⁹.

Por ello, aunque parezca paradójico, sólo cuando el hombre contempla la condición señorial de los nombres y es verdaderamente consciente de que todo procede de Él y a Él retorna, puede entonces hablarse propiamente de revestimiento de las cualidades de cada nombre, ya que, cuando a sí mismo el siervo se las atribuye, la manifestación de determinada cualidad no es adopción, sino ilusoria y vana pretensión⁸⁰. Y es con relación a esta condición de servidumbre y pobreza que se comprende la condición de vicerregente del ser humano, es decir, de califa o representante de Dios en la tierra, como establece el Corán: “Y cuando tu Señor dijo a los ángeles: Voy a poner en la tierra a un representante”⁸¹. Actualizar la forma divina significa llegar a ser receptáculo, “lugar” donde los Nombres divinos se manifiestan.

El Hombre Universal

Otro concepto importante que encontramos en el Corán es el de “Sello de la Profecía” (*Jātam al-nubuwwa*), que hace referencia a la finalización del proceso profético de la humanidad que cristaliza en la

figura del profeta del Islam: “Muhammad no es el padre de ninguno de vuestros hombres sino que es el mensajero de Allāh y el sello de los profetas. Y Allāh es Conocedor de todas las cosas”⁸². Chittick, comentando a Ibn ʿArabī, se hace eco de este concepto de finalización del mensaje profético: “Éste se suele entender como la consecuencia del hecho de que Muhammad fuera el último de los 124.000 profetas que Dios ha enviado al mundo desde los tiempos de Adán”⁸³, y dice que esta idea implica que Muhammad alcanzó en su propia persona todas las perfecciones humanas de los profetas anteriores y que la revelación que recibió de Dios, el Corán, reúne en sí todas las ciencias proféticas en un todo único y sintético⁸⁴. Por eso dice Rūmī lo siguiente refiriéndose a Ahmad, variante del nombre Muhammad: “El nombre de Ahmad es el de todos los profetas: cuando se cuenta cien, también se tiene noventa”⁸⁵.

Este hecho implica que, aunque Muhammad es aparentemente el último de los profetas, es en realidad anterior a todos ellos. Rūmī establece el siguiente símil para explicar ese punto: “Externamente la rama es el origen de la fruta pero intrínsecamente la rama brotó para el fruto. Si no hubiera habido deseo y esperanza de frutos, ¿para qué habría plantado el jardinero la raíz del árbol? Así pues, en realidad el árbol nació de la fruta, aunque aparentemente ésta fue generada por el árbol. Por ello Mustafá (Muhammad) dijo: «Adán y los (otros) profetas van detrás de mí bajo mi estandarte». [...] (Que significa:) «Aunque aparentemente desciendo de Adán, en realidad soy el antecesor de (todo) antecesor [...]. Por consiguiente el padre (Adán) nació de mí y el árbol nació de la fruta»⁸⁶. O, en palabras de Schimmel: “La realidad muhammadiana, *ḥaqīqa muḥammadiyya*, lleva en sí misma la palabra divina que se revela en sus particularidades en los diferentes profetas y mensajeros, hasta que alcanza finalmente su plenitud en el Profeta del Islam”⁸⁷.

Sin embargo, esto no anula la unidad absoluta entre todos los profetas, pues como dice también Rūmī: “Si no crees en uno de ellos, tu fe en cualquier profeta no será perfecta; y ésta es la señal de su unidad, que si destruyes una sola de esas miles de casas, todas las demás se

asolarán y no quedará ni un muro en pie; pues «no hacemos distinciones entre ellos (los profetas)»⁸⁸.

Este concepto se relaciona con la segunda parte de la *Šabāda*: “*Muḥammad rasūl Allāb*”, es decir, que Muhammad es el mensajero de Dios, lo que implica aceptar su mensaje profético. El Islam, por tanto, no se presenta a sí mismo como una nueva religión, sino más bien como la culminación de un proceso, y su función es conducir a la humanidad de vuelta a la religión primigenia ya profesada por Abraham, favoreciendo así el desarrollo de la *fiṭra* y la actitud de *ḥanīf* o de adoración pura.

Con relación a esto podemos entender otro de los conceptos clave del pensamiento sufi: el del Hombre Universal o Perfecto, del cual Muhammad es el modelo. Este concepto se basa en la idea de que el Macrocosmos, que es el universo, y el Microcosmos, que es el hombre, son como dos espejos uno frente al otro; cada uno contiene todas las cualidades del otro, pero uno de una manera más exterior y objetiva y en detalle y el otro de una manera más interior y subjetiva, reflejando ambos los nombres y cualidades divinos. Así, el conocimiento total de sí mismo por parte del hombre incluye en principio el conocimiento del universo entero⁸⁹.

El prototipo tanto del microcosmos como del macrocosmos es el Hombre Universal o Perfecto (*al-insān al-kāmil*), que es la suma total de todos los niveles de realidad en una síntesis permanente. Todas las cualidades divinas están contenidas dentro de él. En palabras de Ibn ʿArabī: “El cosmos en su integridad es un único Hombre: este Hombre único es el amado (*wa-l-ʿālam kullu-hu insān wāḥid huwa l-maḥbūb*) y todos los individuos del cosmos son los miembros, los órganos de este Hombre macrocósmico (*ašjāṣ al-ʿālam aʿḍāʾ dālika l-insān*)⁹⁰.

Por otra parte, desde el punto de vista de la revelación, el Hombre Universal es el Espíritu, del que los profetas son otros tantos aspectos de los cuales, desde el punto de vista islámico, Muhammad es la síntesis perfecta. Muhammad es así el Hombre Perfecto por excelencia, Sello de la profecía universal en el acontecer histórico horizontal y

Realidad o Luz Mahomética, a partir de la cual fue creado el universo, en su dimensión cósmica vertical⁹¹.

Y desde el punto de vista del camino espiritual, el hombre Universal es el modelo humano perfecto que ha realizado todas las posibilidades inherentes en el estado humano. En él los “Nombres” o esencias que el hombre contiene potencialmente (*bi-l-quwwa*) se actualizan de modo que se convierten en los estados mismos de su ser (*bi-l-fi'l*)⁹². El hombre perfecto es, pues, aquel que ha realizado en sí mismo todas las posibilidades del ser y es, por lo tanto, el modelo de cada hombre, pues de hecho cada ser está llamado a realizar sus posibilidades innatas. Resumiendo, el Hombre Universal es al mismo tiempo el Espíritu, la totalidad del universo y el símbolo humano perfecto.

Es función del ser humano Universal interpretar los signos divinos. Vimos anteriormente la teoría del *wahdat al-wu'yūd* o Unidad del Ser, según la cual la creación es Epifanía, es decir, manifestación de la esencia divina en sucesivos planos (*ḥadarāt*), siendo los inferiores metáfora o símbolo de los superiores. Según esta concepción, el mundo sensible (o quinto plano) constituye en sí mismo un símbolo o signo a partir del cual pueden entenderse los mundos superiores; el mundo sensible actuaría así de espejo del divino. En el apartado sobre el método sufi se ampliará esta idea y se verá como el *tafakkur* o meditación sobre los signos permite desarrollar esta capacidad hermenéutica del ser humano.

Conocimiento esencial o gnosis

Hay que diferenciar, por tanto, entre un tipo de saber esencial, que apunta al conocimiento de Dios y de las cosas del cosmos de acuerdo a sus raíces en Dios, y otro conocimiento que se dispersa en la multiplicidad. Según Nasr, el conocimiento o ciencia (*al-ilm*) significa aquel conocimiento que hace al hombre consciente de Dios, de las verdades eternas, del mundo por venir y del retorno a Dios, y el instrumento por el cual se obtiene este conocimiento es el Intelecto (*al-aql al-kullī*)⁹³.